

no excluir discursos esencializadores, pero las y los historiadores tendrán que seguir atentos a la construcción de tales discursos. Es cierto que "mujeres" *en masse* rara vez se presentan sin calificaciones ante los tronos del poder ya que sus estamentos las dividen como desiguales dentro de su supuesta unidad.⁷ Empero es igualmente cierto que en momentos de crisis social los discursos unificadores, tanto de derecha como de izquierda, pueden transformar grupos desiguales uniéndolos a pesar de sus "estamentos". En fin, *Am I That Name?* aporta una importante lección a las ciencias sociales, a los feminismos y a los estudios de género. Las expresiones más ricas y llenas de "mujeres", con todo y sus contradicciones, opresiones y múltiples experiencias, sólo se manifiestan mediante el análisis histórico, mediante el estudio de sus historias.

⁷ Riley, Denise. *Op cit.*, p. 9.

El concepto de género (como clase) adquiere una precisión analítica más matizada sólo a través de y enraizado en un proceso histórico.

ALFONSO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ
**UN VIAJE POR EL MUNDO
 DE LO MASCULINO**

THOMPSON, Keith (ed.). *Ser hombre*,
 Kairós, Barcelona, 1993, 345 pp.

La lectura de este libro es un agradable y sorprendente viaje por el mundo de lo masculino. El libro presenta los diferentes senderos que puede tomar el hombre en la búsqueda del significado que se le asigna culturalmente al atributo biológico del sexo; es un recorrido a través de datos, intuiciones, poesía y literatura que convierten a esta antología en una referencia indispensable para los hombres que andan en la búsqueda de los valores que les conce-

dan dignidad, sensibilidad y auto-respeto.

Esta antología explora los diferentes papeles que experimentan muchos hombres a lo largo de su vida, creándoles confusión y sensaciones contradictorias. Se revisan una gama de temas que abarcan desde la competitividad, el miedo, la cólera, la pena; la sexualidad y el deseo; los mitos masculinos; el amor a la mujer, la pérdida, la separación; los papeles cambiantes de padres e hijos; el sentido del éxito, del trabajo, del espíritu creativo; el valor de la compañía masculina; el temor al envejecimiento y las cargas de la vida cotidiana entre otros.

Los textos recopilados captan lo profundo y la riqueza espiritual de lo masculino a través de diferentes combinaciones que algunas veces resultan gratificantes y otras perturbadoras debido a que desde el principio de la lectura se vislumbra que no existe una sola forma de ser hombre

sino muchas formas de serlo, es decir, muchas masculinidades, y antes que oponerse, estas formas aparecen estrechamente relacionadas.

La travesía comienza en la primera de nueve secciones: "Ser hombre. Cuestiones de Identidad". Cooper Thompson, en su artículo "Debemos rechazar la masculinidad tradicional" plantea preguntas esenciales: ¿es primordial e innata la masculinidad?, ¿es ésta algo universal en el sentido más amplio o es un convencionalismo social, es decir, una imposición que puede asumir muchas y diferentes formas, en apariencia contradictorias?, ¿los hechos genéticos relacionados con la palabra varón pueden aparecer como términos sinónimos de los hechos culturales relacionados con la palabra masculinidad? Esta última pregunta plantea de nuevo el antiguo debate acerca de la masculinidad y si su origen es de tipo genético (natural) o tiene su base en la educación (la cul-

tura). Aunque este debate está terminado se sigue haciendo referencia a lo natural cuando se habla de masculinidad, lo que lleva a plantear otra pregunta: ¿hasta qué punto y qué cosas de la naturaleza y de la educación hacen al hombre? Esta pregunta ha impulsado una provocadora discusión entre muchos pensadores que plantean en esta primera parte del libro el tema de la identidad masculina.

Para Thompson la tarea actual de los hombres es sobre todo social, y propone que debe ir más allá de lo que comúnmente se conoce como "lo masculino", que está correlacionado con factores o actitudes tales como el valor, la fuerza física y la independencia, actitudes ligadas a la imagen hegemónica de la masculinidad "triumfante", sobre todo en los modelos de tipo patriarcal. Por ello, el autor propone que los hombres deben estar abiertos a las cualidades tradicionalmente femeninas, tales

como la gentileza, la vulnerabilidad y la atención materna.

Thompson describe cualidades o actitudes que por lo general aparecen como ajenas al concepto tradicional de masculinidad, entre otras la de ayudar a los demás; la aceptación de la vulnerabilidad y la capacidad de pedir ayuda; valorar a las mujeres y al trabajo femenino; la comprensión y la expresión de emociones (excepto el odio); el ser capaz de simpatizar y ser permisivo con otros, y aprender a resolver conflictos sin llegar a formas competitivas o agresivas.

Por último, menciona que los jóvenes han de aprender a aceptar actitudes y comportamientos etiquetados como "femeninos" como elementos necesarios para un desarrollo humano integral, reduciendo la homofobia y la misoginia, lo que equivale a aprender a amar a otros chicos y chicas.

Warren Farrel, en "Hemos de acep-

tar la masculinidad tradicional" se cuestiona lo contrario que Thompson al preguntarse si los hombres tienen algo que ganar al pretender ir más allá de los límites de su identidad. A esto responde que sí, pero también sostiene que hay muchas cosas valiosas en la masculinidad tradicional. Y va más allá, plantea que en la actualidad no se le ve el lado bueno a los hombres, riesgo que conlleva la desaparición no sólo de lo malo sino también de lo bueno que tiene el hombre; por ello propone que el papel tradicional del varón debe aceptarse y no rechazarse en forma simplista. Finalmente, aborda el proceso de cambio en el hombre sin culpabilización, refiriendo que, a diferencia de los movimientos feministas, los cambios que ha introducido el hombre (como los asumidos con la paternidad) han sido sin culpabilizar a la mujer, y cierra diciendo que "los hombres han cambiado menos, pero también han culpabilizado menos".

R. Bly, en el artículo "Lo que los hombres quieren en realidad", trata de rescatar las características positivas de la masculinidad a través de esa herramienta llamada imaginación, llevando lo masculino a través de lo mitológico, tal y como lo hace en su libro *Hombres de hierro. Los retos de iniciación masculina del nuevo hombre*.¹ Bly señala que en los últimos 20 años los hombres se han vuelto más considerados, más amables, pero también apunta que esto no los ha hecho más libres, y sostiene que "los muchachos y hombres suaves"² de hoy no son felices ya que se han preocupado más por ser preservadores de la vida (de otros) que

¹Bly, Robert. *Hombres de hierro. Los retos de iniciación masculina del nuevo hombre*, Planeta, México, 1992.

² Bly se refiere al hombre "suave", es decir, firme mas no violento, e igualmente habla del *wild man* refiriéndose al "hombre silvestre o natural", mas no salvaje (*savage man*). Prefiere estos términos por su connotación positiva, evitando otros que comúnmente se asocian con la agresividad.

por ser dadores de vida.

Aaron Kipnis escribe acerca de las "Imágenes olvidadas de la masculinidad sagrada", donde a través de su trabajo como terapeuta hace un llamado a que se reconozca de nuevo la imagen emergente de la "masculinidad sagrada", cuyo concepto engloba actitudes equilibradas que dan cuenta de un varón que posee todas las características positivas de la masculinidad y que además es capaz de vivir en armonía con la tierra y con la feminidad, sin que esto le impida en ningún momento ser "erótico, libre, salvaje, alegre, enérgico y violento". Para Kipnis, ante la actual ausencia de un rito de iniciación masculina, muchos hombres buscan una "reconexión con lo animico" a través de lo conocido como "femenino", pero éste no es el único camino para esa aridez de la psique masculina, y propone que los hombres deben ser de nuevo iniciados en la masculinidad arque-

típica como preludio para que puedan coexistir con las mujeres en una vida en común "en la que ellos no ejerzan un dominio ni sean dominados por ellas".

En su participación, "Eros y el espíritu de lo masculino", el psicólogo y artista Thomas Moore se refiere a lo "viril" como algo perteneciente a la humanidad y no sólo a los hombres, como algo que va más allá de ellos. Dice que este "espíritu viril" no es exclusivo de los hombres así como el "ánima" no es algo exclusivamente femenino. En suma, para Moore, lo "viril" consiste en un conjunto de características que no son sólo patrimonio de los hombres; lo viril es algo que necesitan hombres y mujeres, sociedades e individuos a la vez. Moore analiza la masculinidad a la luz del campo mítico-religioso y aporta el concepto de lo que él llama la "masculinidad sintomática": aquello que transforma lo masculino en una exageración de ello, tornando

la creatividad en productividad, la autoridad en autoritarismo y el poder en tiranía. Para el autor esto se da tanto en los hombres como en las mujeres, y menciona que aquellas que luchan por la igualdad con estos sustitutos exagerados de la masculinidad corren los mismos riesgos de convertir el poder en una manifestación absurda, es decir, en "el poder sintomático".

La segunda parte del libro hace un repaso acerca de los ritos de iniciación masculina, de su presencia o su ausencia, y de las consecuencias de esto. Bly escribe acerca de "La necesidad de una iniciación masculina"; R. Moore y D. Gillette abordan la "Crisis en el proceso ritual masculino"; E. Hemingway, a través de la visión de una corrida de toros, habla del rito masculino de la lidia en el artículo "Muerte al atardecer"; lo mismo hace, pero desde una óptica contraria, el periodista C. Matthews en su ensayo "Muerte por la tarde,

1990"; por último, F. Wiedermann, en su narración "En busca de una iniciación masculina moderna", escribe sobre su propia iniciación, emprendida con su padre y hermanos.

De acuerdo con los autores de esta segunda parte, los ritos de iniciación se han perdido, en su mayoría, en las sociedades occidentales modernas, y los que sobreviven lo hacen de mala manera o de forma inadecuada y fortuita.

En entrevista con K. Thompson, Bly sostiene que se ha perdido ese rito de iniciación que sirve para introducir a los jóvenes a los misterios de la masculinidad, y que la sociedad actual no ha previsto qué hacer después de que el hijo, con su energía, rompe (se individualiza) con los padres, y en ese proceso queda de alguna manera extraviado y sin saber con certeza cuál es su nuevo papel en la sociedad.

De acuerdo con Bly, los hombres han asignado a las mujeres, entre

otras tareas, la del rito de iniciación de los jóvenes, mas aclara que éstas "no pueden" iniciar a los varones, a pesar de haberlo intentado. Muchas mujeres describen que al intentar educar solas a sus hijos tropezaron con ese problema, y cuando percibían que su hijo necesitaba cierta disciplina, al intentar proporcionársela, experimentaban una pérdida de contacto con su propia feminidad. Para Bly, la separación (simbólica o real) de la madre es crucial, y no porque las mujeres se equivoquen con los hijos varones sino porque ésta es una necesidad de los hombres al darse cuenta de que no estaban haciendo lo que les corresponde.

En "Crisis en el proceso ritual masculino", Moore y Gillette escriben sobre los rituales de iniciación a la edad adulta, y abordan también los pseudorituales, como son el servicio militar, el ingreso de los jóvenes a las bandas de delinquentes o a la cárcel, como si esto fuera un ga-

lardón que los hace hombres. Los autores sostienen que para que la "psicología del hombre" exista en un hombre en particular debe darse una muerte simbólica, psicológica o espiritual, necesaria en cualquier ritual de iniciación. Aclaran que todo rito de iniciación auténtico y transformador acaba con el ego y sus deseos en su forma primitiva (deseo de poder y control) para resucitar a la vida con una nueva y subordinada relación con un poder o centro previamente desconocidos, y esta subordinación del poder a una madurez masculina hace aparecer una personalidad caracterizada por la calma, la compasión, la claridad de la visión y la capacidad generadora. Ante la ausencia de un ritual de iniciación los hombres se encuentran perdidos y llenos de ansiedad, frustrados, tal vez sin amor ni aprecio, y a menudo avergonzados de ser masculinos.

La tercera parte, "Desde el punto de vista de las heridas", revisa algu-

nas de las miles de formas en que el hombre puede ser herido, y como dice Nietzsche, "Cuando un hombre recibe una herida, cada herida le fuerza a vivir".

Aquí intervienen escritores y poetas, entre otros César Vallejo, Franz Kafka y Pablo Neruda. Sus intervenciones son cortas pero densas y llenas de dolor, de silencioso sufrimiento "característicamente masculino", pero también se señala el riesgo de pensar o decir aquello de que "mis penas como hombre son mayores que las de una mujer" así como el riesgo de caer en esa inexpressión "tan masculina" de no expresar las penas, y de eso ya hay suficiente.

La cuarta parte del libro se dedica a "El cuerpo de su alma: pasión, deseo, imaginación, sexualidad y espíritu". Este capítulo presenta aportaciones que van desde el pintor Dalí hasta escritores de la talla de Norman Mailer. Se trata aquí, parafraseando a Freud, de contestar a la pregunta

¿qué desean los hombres?, y la tentativa de respuesta es "lo que un hombre debe hacer", es decir, la acción, pero antes está el prurito de hacer algo; ¡El Deseo!, siempre presente, con sus reclamaciones a nuestra atención apoderándose de la esencia del alma masculina, de esa alma masculina intangible marcada por el "deber ser" que los mismos hombres se imponen, ese deber ser tan lejano y tan cercano en apariencia y que define casi siempre ese rol asignado.

En la quinta parte se aborda el tema de los "Encuentros con la mujeres y la feminidad", los amores, las pérdidas, los deseos y los abandonos. En esta sección del libro se registran una diversidad de encuentros masculinos con mujeres y con lo femenino, todos organizados alrededor de cuatro palabras: amar, perder, abandonar y desear.

Y comienza con quién más sino con la madre. Paul Olsen, en "No puedes divorciarte de tu madre",

afirma que los hombres deben olvidarse de dejar a sus madres ya que el "vínculo seguirá ahí, hora tras hora, día tras día".

El escritor francés Eugene Ionesco parece estar de acuerdo con ello en su breve texto "El día en que mi madre me echó", donde recuerda el momento en que fue entregado por su madre a la que iba a ser su mujer. Pero para Jung, en "Los hombres americanos como hijos de sus esposas", la cuestión parece no ser tan sencilla, cuando menos para los hombres de Estados Unidos, y argumenta que éstos no están preparados para una verdadera independencia de la mujer sino que, por el contrario, sólo quieren ser los hijos obedientes de su madre-esposa.

En "El miedo a las mujeres", el psicoanalista W. Lederer muestra las complejidades de las respuestas de los hombres a la mujer, "el otro". El novelista H. Miller, como para corroborar sus teorías, admite su perpleji-

dad ante las dificultades que sufre cuando sigue su patrón de conducta de idealizar a las mujeres primero y luego anularlas, mostrando así su misoginia. Al contrario de Miller, el poeta irlandés Yeats, con palabras de precaución relativas al enamoramiento, habla de alguien que "entregó su corazón y lo perdió". H. Hesse escribe del deseo que le provocó una mujer a la que vio de lejos y nunca conoció. Después, el escritor de novelas de detectives, R. Chandler, en su trabajo "Recordando a Helga", revela su largo amor por su última esposa. Por último, Sanford y Lough, en "Las diosas y la psicología masculina", exploran las fuerzas arquetípicas femeninas o "divinidades" que revelan su actividad en las oscuras pausas de la mente masculina.

Después de haber abordado la relación con la madre aparece el capítulo de "Ese hombre alto llamado padre: reflexiones psicológicas, míticas, religiosas y personales". Apare-

cen aquí cosas del pasado, de las imágenes que quedan, de la distancia, de lo que recuerdan los hijos de lo que fueron sus padres y de lo que un hombre viejo le dice a su joven hijo.

La selección de los textos de este apartado presenta esos recuerdos y reflexiones. Comienza con el trabajo del escritor Phil Cousineau titulado "Por mi padre, que nunca fue a París". Este trabajo, al igual que los que le siguen, son tan cortos que más que reseñarlos es mejor disfrutar el placer de leerlos; baste con decir que la mayoría son intentos de hacer un arreglo o un pacto interno para liberarse de alguna manera del padre; o bien, son escritos que van de la ternura a la tristeza como si intentaran recuperar por fin el recuerdo de esos hombres, los padres. El místico Armenio G. I. Gurdjieff escribe acerca de lo que aprendió con su padre. H. Hesse habla de los recuerdos infantiles que tenía de su padre. Robert Bly se refiere al "Padre hambriento" y a su aleja-

miento de la vida familiar, forzado por las exigencias del nuevo estilo de vida posterior a la revolución industrial. J. Hillman, en su corto pero incitante ensayo "Padres e hijos", se muestra escéptico en lo que se refiere a la presunción de que los hombres no encuentran la paternidad que necesitan. Por último, Lou Becker cierra esta parte con una conmovedora misiva titulada "Una carta de un padre anciano para su joven hijo".

La séptima parte del libro aborda el tema de "Las formas de comportamiento de los hombres en el trabajo" como algo que por un lado se cuestiona y por el otro se afirma que influye en la autoestima de los hombres; lo que sí es seguro es que el trabajo influye en el concepto de masculinidad actual, en ese concepto "ideal" de ser hombre, de tener éxito, de ser poderoso; influye en el cambio de identidad que implicó el desarrollo industrial. Antes el hombre tenía sólo dos opciones: el triunfo o el fra-

caso, de acuerdo con el concepto emersoniano; pero los hombres de la posguerra se encontraron en una situación diferente que forzó un cambio en la identidad masculina, como lo afirma el sociólogo T. Parsons cuando dice que "Quizá no sea decir demasiado que sólo en casos muy excepcionales puede un hombre adulto respetarse genuinamente a sí mismo y gozar de una posición respetada a ojos de los demás si no 'se gana la vida' en un papel ocupacional admitido".

En "La importancia del trabajo", R. Weiss afirma que no se puede estar tan seguro de que el tipo de trabajo por sí mismo sea esencial para la autoestima y el propio respeto.

John Lippert, en "La sexualidad como consumo", escribe sobre el papel que desempeña la sexualidad como un obstáculo que media en las relaciones entre los compañeros de trabajo en una fábrica, donde lo que más interesa es presumir la experien-

cia sexual y la capacidad para competir con los otros hombres.

Finalmente, el filósofo Sam Keen, en "¿A qué precio?", habla de su amor por el trabajo, pero también se pregunta si esta dedicación al trabajo lo ha violentado o si le ha impedido emplear ese tiempo en pasear o jugar con sus hijos.

La octava parte del libro trata sobre la "Compañía viril: el espíritu y el alma de los hombres unidos como tales". Se expresa aquí esa difícil relación entre los hombres no sólo con respecto a la violencia sino también a otros aspectos que se dan en dicha relación. Por ejemplo, J. Hillman, en "Amor en la amistad viril", escribe sobre la atracción entre los semejantes como algo esencial en la amistad masculina, pero también como una amenaza. Por su parte, los psicoterapeutas Mcleod y Pemberton escriben sobre un grupo de hombres unidos alrededor de la búsqueda, de cómo utilizan el odio para ejercer control y

dominio y para eludir las alternativas de la intimidad, el desamparo, el miedo y la fuerza.

T. O'Connor, en su trabajo "¿Qué es un hombre sin su espada?", aborda esa mezcla de sentimientos encontrados propiciada por las reuniones que tuviera con M. Meade y R. Bly.

En "Un hombre necesita un alojamiento", Keith Thompson se cuestiona acerca de sus sentimientos, de sus relaciones con otros hombres y lo que a éstos les hiere y les obsiona.

Se cierra este apartado con el artículo "El acantilado", de Charles Baxter, que trata sobre el aprendizaje de un muchacho junto a un brujo inverosímil y sobre el rito de iniciación que emprenden juntos; una vez más la historia del viejo y su pupilo que probablemente todos los hombres han deseado alguna vez.

La novena parte del libro cierra un ciclo, tanto del mismo libro como en sentido figurado: cierra con la última etapa del ciclo vital humano, como lo

escribe K. Thompson en "La última estación, el hombre se hace viejo". Aquí, el profesor Daniel J. Levinson hace una descripción de la última etapa de la vida; esta descripción es el resultado de varias investigaciones en la Universidad de Yale realizadas durante los últimos diez años.

El poeta Yeats participa con su poema "Los hombres mejoran con los años", mientras que Frost, en "El camino que no se tomó", trata acerca de la sensibilidad, de lo que se elige y de lo que se deja de elegir. Por último, H. Hesse cierra esta parte final con su escrito "Diciendo adiós", donde habla del dejar, dejar a alguien, dejar algo, en cualquier momento.

Dice K. Thompson que estos dos últimos autores hablan de esos "hombres que están en paz consigo mismos", lo que de alguna manera es una buena definición de masculinidad, tan buena y profunda como la mejor que él haya podido oír.